

Exhortacion de un padre á su hijo. «Hijo mio—decia el padre en sus consejos, —has salido á luz del vientre de tu madre, como el pollo del huevo, y creciendo como él, te dispones á volar por el mundo, sin que alcancemos á saber por cuanto tiempo nos concederá el cielo el goce de la preciosa piedra que en tí poseemos. Sin embargo, sea cual fuere ese tiempo, procura vivir rectamente, rogando á Dios de continuo que te ayude. Él te crió y él te posee: él es tu padre, y te ama mas que yo: pon todos tus pensamientos en él, y dirígele noche y dia tus plegarias y suspiros. Reverencia, respeta y saluda á tus mayores, y no vean en tí jamás señales de desprecio. No permanezcas mudo con los pobres y atribulados; por el contrario procura consolarles con cariñosas palabras. Honra á todos, pero especialmente á tus padres, á quienes debes obediencia, amor, respeto y servicio. Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos que, á guisa de bestias privadas de razon, no reverencian á los que les han dado el sér, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse á sus correcciones; porque quien sigue sus huellas tendrá un fin funesto, y morirá lleno de despecho, ó arrojado en un precipicio, ó entre las garras de una fiera.

»No te burles nunca, hijo mio, de los ancianos, ni de los que tienen alguna deformidad en su cuerpo: no te mofes de aquel á quien veas cometer alguna culpa ó flaqueza, ni se la echas tampoco en cara: por el contrario, confúndete y teme que te suceda lo mismo que te ofende en los otros. No vayas á donde no te llaman, ni te ingieras en lo que no te importa. En todas tus acciones y palabras procura demostrar tu buena crianza; y cuando con-

verses con alguno, no le molestes con tus manos, ni hables demasiado, ni interrumpas ó perturbes á los otros con tus discursos. Si oyes hablar á alguno desacertadamente y no te toca corregirle, calla: pero si te toca, medita antes lo que vas á decirle, y no le hables con arrogancia, á fin de que sea mas agradecida tu correccion.

»Cuando alguno hable contigo, óyele atentamente y en actitud comedida, no jugando con los piés, ni mordiendo la capa, ni escupiendo demasiado, ni alzándote á cada instante si estás sentado, pues estas acciones son indicios de ligereza y de mala crianza.

»Cuando te pongas á la mesa no comas aprisa, ni des señal de disgusto, si algo te desagrade. Si á la hora de comer llegase alguno, parte con él lo que tienes, y cuando alguien coma contigo, no fijas en él tus miradas.

»Cuando andes, mira por donde vas, para que no tropieces con los que pasan. Si ves venir á alguien por el mismo camino, desvíate un poco para hacerle lugar, y no pases nunca por delante de tus mayores, sino cuando sea absolutamente necesario, ó cuando ellos te lo ordenen. Cuando comas en su compañía, no bebas antes que ellos, y sírveles lo que necesiten para granjearte su favor.

»Cuando te den alguna cosa, acéptala con demostraciones de gratitud: si es grande, no te envanezcas: si es pequeña, no la desprecies, no te indignes, ni ocasiones disgusto á quien te favorece.

»Si te enriqueces, no te insolentes con los pobres, ni les humilles, pues los dioses que negaron á otros las riquezas para dártelas á tí, pueden quitártelas, disgustados de tu orgullo, para dárselas á otros. Vive del fruto de tu

trabajo, porque así te será mas agradable el sustento.

»Yo, hijo mio, te he sustentado hasta ahora con mis sudores, y en nada he faltado contigo á las obligaciones de padre; te he dado lo necesario sin quitárselo á otros. Haz tú lo mismo.

»No mientas jamás, que es gran pecado mentir: cuando refieras á alguno lo que otro te ha contado, di la verdad pura, sin añadir nada. No hables mal de nadie, y calla lo malo que observes en otro, si no te toca corregirle. No seas noticiero ni amigo de sembrar discordias. Cuando llesves algun recado, si el sugeto á quien le llevas se enfada y habla mal de quien lo envia, no vuelvas á él con esta respuesta, sino procura suavizarla y disimula cuanto puedas lo que hayas oido, á fin de que no se susciten disgustos y escándalos de que tengas que arrepentirte.

»No te entretengas en el mercado mas del tiempo necesario, pues en estos sitios abundan las ocasiones de cometer excesos.

»Cuando te ofrezcan algun empleo, haz cuenta que lo hacen para probarte: así que, no lo aceptes de pronto, aunque te conozcas mas apto que otro para ejecutarlo, sino excúsate hasta que te obliguen á aceptar, pues así serás mas estimado.

»No seas disoluto, porque se indignarán contra tí los dioses y te cubrirán de infamia: reprime tus apetitos, hijo mio, pues aun eres jóven, y aguarda á que llegue á edad oportuna la doncella que los dioses te han destinado para mujer. Déjalo á su cuidado, pues ellos sabrán disponer lo que mas te convenga, y cuando llegue el tiempo de ca-

sarte, no te atrevas á hacerlo sin el consentimiento de tus padres, porque tendrás un éxito infeliz.

»No hurtes ni te des al robo, pues serás el oprobio de tus padres, debiendo antes bien servirles de honra, en recompensa de la educacion que te han dado. Si eres bueno, tu ejemplo confundirá á los malos. No mas, hijo mio: esto basta para cumplir las obligaciones de padre: con estos consejos quiero fortificar tu corazon: no los desprecies ni los olvides, pues de ellos depende tu vida y toda tu felicidad.»

Las máximas inculcadas por la madre de familias á su hija eran las siguientes:

Preceptos de una mejicana á su hija. «Hija mia—le decia—nacida de mi sustancia, parida con mis dolores, y alimentada con mi leche, he procurado criarte con el mayor esmero, y tu padre te ha elaborado y pulido á guisa de esmeralda, para que te presentes á los ojos de los hombres como una joya de virtud. Esfuézzate en ser siempre buena, porque si no lo eres, ¿quién te querrá por mujer? todos te despreciarán. La vida es trabajosa, y es preciso echar mano de todas nuestras fuerzas para obtener los bienes que los dioses nos quieran enviar; pero conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente en todo. Sé aseada, y ten tu casa en órden: da agua á tu marido para que se lave las manos, y haz el pan para tu familia. Donde quiera que vayas, preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, ni reirte de las personas que encuentres, sin fijar las miradas en ellas, ni volver ligeramente los ojos á una parte y á otra, á fin de que no padezca tu reputacion. Responde cortesmente á quien te salude ó pregunte algo.

»Empléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser

y en bordar, porque así serás estimada, y tendrás lo necesario para comer y vestirte. No te des al sueño, ni descanses á la sombra, ni vayas á tomar el fresco, ni te abandones al reposo, pues la inaccion trae consigo la pereza y otros vicios.

»Cuando trabajes, no pienses mas que en el servicio de los dioses y en el alivio de tus padres: si te llaman ellos, no aguardes á la segunda vez, sino acude pronto para saber lo que quieren, á fin de que tu tardanza no les cause disgusto. No respondas con arrogancia, ni muestres rehúsarte á lo que te ordenen: si no puedes hacerlo, excúsate con humildad. Si llaman á otra y no acude, responde tú, oye lo que mandan, y hazlo bien. No te ofrezcas nunca á lo que no puedas hacer, y no engañes á nadie, pues los dioses te miran. Vive en paz con todos: ama á todos honesta y discretamente, á fin de que todos te amen.

»No seas avara de los bienes que los dioses te han concedido: si ves que á otras se dan, no sospeches mal en ello, porque los dioses, de quienes son todos los bienes, los reparten como juzgan conveniente. Si quieres que los otros no te disgusten, no les disgustes tú á ellos.

»Evita la familiaridad indecente con los hombres, y no te abandones á los perversos apetitos de tu corazón, porque serás el oprobio de tus padres, y ensuciarás tu alma, como el agua con el fango: no te acompañes con mujeres disolutas, ni con las embusteras, ni con las perezosas, porque infaliblemente inficionarán tu corazón con su ejemplo. Cuida de tu familia, y no salgas á menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por la plaza del mercado, pues allí encontrarás tu ruina. Considera que el vicio, como

yerba venenosa, da muerte al que lo adquiere, y una vez que se introduce en el alma, difícil es arrojarlo de ella.

»Si encuentras en la calle algun jóven atrevido y te insulta, no le respondas y pasa adelante: no hagas caso de lo que te diga; no des oídos á sus palabras; si te sigue, no vuelvas el rostro á mirarle, para que no se inflamen mas sus pasiones. Si haces lo que te aconsejo, se detendrá y te dejará ir en paz.

»No entres en casa ajena sin urgente motivo, porque no se diga ó se piense algo contra tu honor; pero si entras en las de tus parientes, salúdales con respeto, y no estés ociosa, sino toma inmediatamente el huso, ó empléate en lo que sea necesario.

»Cuando te cases, respeta á tu marido, y obedécele diligentemente en lo que te mande. No le ocasiones disgusto, ni te muestres con él desdeñosa ni airada: acógele amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva á tus expensas. Si en algo te apesadumbra, no le des á conocer tu desazon cuando te mande algo: disimula por entonces, y despues le expondrás con mansedumbre lo que sientes, á fin de que con tu suavidad se tranquilice y no te aflija mas: no le denuestes en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada. Si alguno entrase en tu casa para visitar á tu marido, muéstrate agradecida y obséquiale como puedas. Si tu marido es desacordado, sé tú discreta: si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para aquel encargo, tómalo tú por tu cuenta, cuidando esmeradamente de tus posesiones, y pagando con exactitud á los operarios. Guárdate de perder algo por tu descuido.

»Sigue, hija mía, los consejos que te doy. Tengo muchos años y bastante práctica del mundo: soy tu madre, y quiero que vivas bien: fija estos avisos en tu corazón, pues así vivirás alegre, y si por no querer escucharme, ó por descuidar mis instrucciones te sobrevienen desgracias, culpa tuya será, y tú serás quien lo sufra. No mas, hija mía: los dioses te amparen.»

Cada padre de familia daba á sus hijos consejos de igual importancia, añadiendo aquellos avisos particulares, relativos al oficio, arte, profesion ó carrera que tenían.

Nada se puede pedir mas perfecto, respecto á moral, que los anteriores preceptos; pero las penas aplicadas por los padres á los hijos que no los observaban, eran crueles. Duros castigos por la falta mas leve. Cuando les cogian en alguna mentira, les punzaban los labios con las duras y agudas espigas del maguey hasta brotar la sangre. Al hijo discolo y desobediente le azotaban con ortigas. Cuando incurría en la falta que ya se le habia reprendido, le hacian recibir por la nariz el terrible humo del pimiento, ó se le ataba durante un dia á un leño. Cuando la falta era de alguna gravedad, le echaban ascuas pequeñitas en la cabeza. Los azotes y los pellizcos en todo el cuerpo se aplicaban con mucha generalidad, por los padres, á los niños de ambos sexos.

Las mismas penas imponian los sacerdotes en los seminarios á los educandos que descuidaban algun deber.

Las faltas de respeto á los padres eran castigadas quemando los cabellos al irrespetuoso, azotándole con una vara, ó aplicándole otras penas severas.

Pero eran muy raros los hijos que incurrian en la falta

de irrespetuosidad hácia sus padres. Generalmente eran obedientes y respetuosos, y este respeto lo conservaban toda la vida, pues aun despues de casados, apenas se atrevian á hablar en su presencia.

Pero si las excelentes máximas de moral inculcadas por los padres y maestros á la juventud, hablan muy alto en favor de la cultura de los aztecas, no hablan con voz menos elocuente, respecto de ella, los datos que se conservan referentes á la manera con que tenían distribuido el tiempo y al arreglo de su calendario.

Astronomía. Arreglo del tiempo. Los mejicanos, lo mismo que las demás naciones del Anáhuac, distinguian cuatro edades diferentes, con igual número de soles que, segun el orden, eran, sol ó edad de agua, sol ó edad de tierra, de aire, y sol ó edad de fuego. La primera comprendia desde la creacion del mundo hasta el instante en que el sol y casi todos los habitantes de aquél, perecieron víctimas de una general inundacion. La segunda abrazaba un período que, segun sus creencias, duró desde el expresado cataclismo hasta la repeticion de otra escena no menos espantosa que la anterior, en que la tierra, sacudida por espantosos terremotos, causó la ruina de los gigantes, y puso fin al segundo sol. La tercera daba principio en la caida de los poderosos gigantes, y terminaba con los destructores torbellinos que hicieron desaparecer el tercer sol y á todos los hombres que poblaban de nuevo la tierra. La cuarta, que era la edad del fuego, empezaba en la última restauracion del género humano que se verificó, merced al esfuerzo de seiscientos héroes, nacidos á la vez de una diosa, y debia concluir cuando el sol y la tierra fuesen consumidos

por el fuego. La manera con que esos seiscientos héroes lograron que la tierra, que habia quedado sin un solo individuo, volviera á verse habitada, fué, segun la religion de los aztecas, altamente milagrosa.

La diosa *Omecihuatl* que habitaba en el cielo, dió á luz en un parto, un cuchillo de pedernal. Indignados sus hijos de aquel acontecimiento, la arrojaron del cielo á la tierra. Al caer á ésta la diosa, nacieron de ella, al recibir el golpe de la caída, seiscientos héroes. Como la tierra se hallaba deshabitada, los nobles hijos de la diosa, orgullosos de su alto origen, y viéndose sin gente que les sirviesen, pidieron á su madre, por medio de una embajada, el permiso de crear hombres que les acatasen. La diosa les dijo que solicitasen del dios del infierno un hueso de muerto, del cual, regándole con sangre de ellos mismos, saldrian un hombre y una mujer, de quienes nacerian despues muchos hijos, y la tierra volveria á verse poblada. El consejo fué admitido; y Xolotl, uno de los héroes, bajó al infierno, en solicitud del hueso. Obsequiado por el dios del infierno con lo que anhelaba, echó Xolotl á correr hacia la superficie de la tierra, antes de que el númen infernal se arrepintiera de la dádiva, como en efecto se arrepintió, y le seguia para quitársela. Xolotl violentó mas la carrera, sin ver que el perseguidor se volvia ya al infierno, y en su apresuramiento tropezó, y el hueso se rompió en pedazos desiguales. Xolotl se detuvo un instante á recogerlos, y en seguida volvió á emprender la fuga, hasta llegar á donde le esperaban sus hermanos. Los pedazos del hueso fueron entonces colocados en una vasija, y sacándose todos sangre de varias partes del cuerpo, los regaron con ella. Cua-

tro dias despues vieron formarse un niño, y continuando el riego de sangre por espacio de otros tres, se formó una niña de seductora belleza. Xolotl, por ruego de sus hermanos, se encargó del cuidado de las dos criaturas, á las cuales crió con leche de cardo. Así, segun los mejicanos, habia vuelto á poblarse el mundo. Esta cuarta edad debia terminar, segun creian, el último dia de uno de sus siglos, y por eso al llegar la última noche de los cincuenta y dos años, en que acababa el siglo, apagaban, como hemos visto, el fuego de los templos y de las casas, rompian los utensilios de cocina, y esperaban con ansia inaudita ver arder el fuego en la montaña, anunciando que habia empezado otro siglo.

Pero estas creencias religiosas, en nada se oponian al admirable arreglo con que distribuian el tiempo, y al método que observaban para contar los siglos, los años, los meses, las semanas y los dias.

Los mejicanos seguian el sistema de los antiguos toltecas en el cómputo del tiempo. Su siglo, como queda dicho, constaba de cincuenta y dos años, dividido en cuatro períodos de trece años. Cada dos siglos hacian una edad, y á los últimos instantes del siglo que fenecia, le daban el nombre de *ligadura del tiempo*, porque en ellos se ligaba el nuevo que empezaba á correr para formar una edad.

Lo mismo los aztecas que los acolhuas, ajustaban en la medida del tiempo su año civil al solar. Constaban los años de diez y ocho meses de veinte dias cada uno, especificando los primeros y los segundos por medio de jeroglíficos peculiares. Aunque parece que resultaba de esta distribucion, que el año tenia trescientos sesenta dias, no